

Gail Parent

Sheila Levine está muerta
y vive en Nueva York

Prólogo de Rodrigo Fresán

Traducción de Zulema Couso

Primera edición, 2015

Título original: *Sheila Levine is Dead and Living in New York*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1972 by Gail Parent

Published by arrangement with The Overlook Press,
Peter Mayer Publishers, Inc.

© del prólogo, Rodrigo Fresán, 2015

© de la traducción, Zulema Couso, 2015

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de la cubierta: © Juliet Pomés

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-48-1

Depósito legal: B. 23.395-2015

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Prólogo

GIRL, **o El Lamento de Sheila**

UNO En su monumental y exhaustivo, y discutible pero interesante, ensayo *The Seven Basic Plots: Why We Tell Stories* (2004), el inglés Christopher Booker propone y hasta más o menos prueba que toda la historia de la humanidad —y todas las historias de la literatura en particular y de la ficción en general— giran alrededor de variaciones compuestas con siete notas/temáticas inevitables y paradigmáticas y genéricas siguiendo preceptos de Carl Jung.

A saber: 1) vencer al monstruo; 2) ir de pobre a rico o viceversa; 3) la búsqueda; 4) la comedia; 5) la tragedia; 6) el renacimiento, y 7) el viaje de la sombra hacia la luz.

Y eso es todo, amigos.

En más de una ocasión —casi siempre— estos ingredientes se combinan y se funden y se potencian los unos a los otros en subtramas igualmente arquetípicas y míticas y clásicas.

Una de ellas, sí, es la de la chica que llega a la gran ciudad (o sube de un barrio a otro y pasa de este trabajo a aquel) en busca de éxito y marido, sin importar el

orden de los factores pero sumando y restando positiva y negativamente.

Y —seguro que si se busca en el Antiguo Testamento se encuentra más de una— si esa chica es judía, mejor.

DOS Mucho después de la Lily Bart y la Undine Spragg de Edith Wharton, de la Caroline «Sister Carrie» Meeber de Theodore Dreiser, de la Marjorie «Morningstar» Morgenstern de Herman Wouk y de la Holly Golightly de Truman Capote; pero bastante antes de la Isadora Zelda White Stollerman Wing de Erica Jong, de la Emma Gennaro de Wilton Barnhardt, de la Bridget Jones de Helen Fielding, de la Carrie Bradshaw de Candace Bushnell, de la Hannah Helene Horvath de Lena Dunham, y de la Frances Ha de Noah Baumbach, estuvo y está y estará la Sheila Levine de Gail Parent.

Y, de acuerdo, las idas y los idus de Sheila no son *tan* trágicos como los de las chicas de Wharton y Dreiser; pero también es cierto que lo suyo (su cuerpo) tiene mayor peso dramático y cómico que lo de Bridget y Hannah. Y que su armario alberga muchos menos pares de zapatos que el de Carrie.

Sin embargo, imposible desentenderse de su importancia como gran bisagra/colchón entre las puertas de aquellas y las camas de estas. Y de la influencia que tuvo en su momento y sigue teniendo su voz y su prosa y su impecable sentido narrativo.

Porque, sí, mucho después de Dorothy Parker y de Fanny Bryce y de Lucille Ball pero, también, mucho antes que Anne Beattie y Lorrie Moore* y Tama Jano-

* Como Moore —especialmente la Moore de *Autoayuda*—, Pa-

witz y Amy Hempel y Lydia Millet, y más o menos limitando con esas viñetas autobiográficas como capítulos sueltos de un manual de supervivencia para hembras de Nora Ephron y Fran Lebowitz, estuvo y está y sigue estando Gail Parent.

Parent (nacida en Nueva York en 1940 y bautizada como Gail Postner, hija de un matrimonio acomodado) comenzó, mientras estudiaba teatro en la universidad, junto a su compañero de curso Kenny Solms, escribiendo y vendiendo chistes por cinco dólares cada uno a comediantes de clubs nocturnos. Y luego, casi enseguida, Parent se formó y deformó en el mundo de la televisión. Y contribuyó a reinventar el concepto de *sitcom* tal como hoy lo conocemos. Parent era el ácido ingenio detrás de los sketches de *The Carol Burnett Show*, la elegancia un tanto ingenua de los guiones de *The Mary Tyler Moore Show** y de su *spin-off* amiguístico *Rhoda*,** así como el motor loco de ese fenómeno de culto que fue *Mary Hartman, Mary Hartman**** y el más amable y

rent es una incuestionable genia para el buenísimo chiste malísimo. Un ejemplo entre muchos que encontrarán en estas páginas: «En cuanto vi París, supe que quería vivir allí algún día. La primera noche pensé en cambiarme el nombre a Le Vine».

* Cuyos títulos de apertura pueden «leerse» —verlos aquí: <<https://vimeo.com/51914620>>— casi como un irrealizable sueño húmedo de la pobre heroína de este libro que están a punto de empezar a leer y de ya no soltar.

** Otro destacable —aunque virado a lo dramático— *spin-off* de *The Mary Tyler Moore Show* fue la serie *Lou Grant*, con Ed Asner en el rol protagónico.

*** Demencial y muy anticipada a su tiempo (se emitió durante 1976-1977) parodia de las telenovelas cuyo título llevaba el nombre dos veces porque, según Parent, «en las *soap-operas* todo siempre se dice dos veces».

más exitoso humor geriátrico pero vitalista de *The Golden Girls*.*

Y todo eso se nota mucho y se disfruta aún más en *Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York*,** escrita a lo largo de un año y medio en los *backstages* y camerinos de Carol Burnett, y *best seller* triunfal de 1972.*** Porque la voz de Sheila y su tempo narrativo y su formato (supuesta carta de suicida cansada de todo y de todos, ella incluida) es un impecable e implacable monólogo *stand-up* pero acostado, a la espera de que los demasiados somníferos hagan efecto, y armado en sucesivas y brillantes *set-pieces* temáticas/circunstanciales arrancando ya con un gran gag: «Me voy a suicidar. ¿QUIÉN QUIERE VIVIR EN UN MUNDO EN EL QUE UN HOMBRE MIENTE SOBRE LAS CALORÍAS?».

No es casual que Parent, como monologuista, haya sido invitada al *The Tonight Show* de Johnny Carson. Y que lo suyo, en letras, suene como una versión doméstica y domesticada pero igual de vitriólica que los huracanes verbales del desaforado Lenny Bruce o las fobias y blues de Alexander Portnoy (su nombre y el de ese otro *best seller* no es casualmente invocado en las pri-

* Parent —ganadora de dos Emmy— está considerada una de las próceres de la televisión norteamericana y está bien que así sea. Y se la puede ver y oír recordando todo aquello aquí: <<http://www.emmytvlegends.org/interviews/people/gail-parent>>.

** La gracia del título alude directamente a una muy celebrada *revue* de por entonces:

Jacques Brel Is Alive and Well and Living in Paris (*Jacques Brel est sain et sauf et vit à Paris*); musical que traducía al inglés la vida y obra del celebrado *auteur-compositeur-interprète*.

*** En el suplemento de libros de *The New York Times* se celebró, con justicia y precisión, sus «observaciones pragmáticas y gags de una línea» consiguiendo «una iluminadora mezcla».

meras páginas del lamento de Sheila) a la hora de reírse de y hacer reír con la condición judía y sus alrededores.*

Pero la dicción de Sheila trasciende lo étnico y forma parte, también, de la gran tradición de la primera persona del singular dentro de la narrativa norteamericana. Así, Sheila desciende también de la inocencia culpable Huckleberry Finn, de la ambigüedad del testigo gatsbyano Nick Carraway, del sarcasmo casi asesino de Holden Caulfield** y, por supuesto, de las criaturas del

* Así habló Sheila: «Muchos chicos judíos, como Portnoy, crecieron en una relación de amor-odio con sus madres judías, por lo que juraron casarse con chicas no judías. Así que resulto poco atractiva desde un punto de vista étnico. Las chicas rubias de pecho plano están de moda; las judías, polacas e italianas, no». Y fueron muchos los críticos literarios y académicos (Ellen Prell entre ellos) que, en su momento, propusieron a Sheila Levine como contracara/antídoto hembra al personaje de Philip Roth en *El lamento de Portnoy* (1969). Sheila como «una protesta contra los estereotipos de lo femenino manejados por los escritores judíos en lo que hace a las mujeres de su raza». Parent, sin embargo, se desentendió del asunto: «Lo único que me interesaba era contar lo que sucedía en un momento en que las mujeres estaban bajo mucha presión pero, al mismo tiempo, también se divertían mucho». Tampoco le preocupa a Parent que su novela no haya sido asimilada como artefacto canónico a diseccionar en universidades. «Puesta a elegir, prefiero esto de más de cuarenta años después seguir recibiendo cartas de fans de Sheila», sentenció no hace mucho.

** Una nota personal: leí — y reí — por primera vez *Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York* en los años setenta, en esa traducción de Pomaire de portada azul y letras amarillas y blancas, al mismo tiempo que descubría a J. D. Salinger en Bruguera y en Alianza. Y me resultó imposible no compaginar a las chicas traumatizadas de «Franny», «Justo antes de la guerra con los esquimales» o «El tío Wiggily en Connecticut» con la antiheroína de Parent. Y atención aquí a ese secundario de primera (entre muchos otros) que es Linda Minsk, amiga de Sheila y fiel lectora de la revista *Mad* y capaz de dejar a un novio porque (ella lo leyó diecisiete veces y sumando)

ya invocado Philip Roth y de Bruce Jay «Stern» Friedman y de Joseph «Yossarian/Slocum» Heller y Woody «Woody Allen» Allen.

¿Cómo lo hace Parent? ¿Cómo lo padece Sheila?

Fácil en apariencia pero no tanto: la novela funciona casi como una larga nota al pie y comentario vencido y resignado a ya por entonces casi antigüedades como *Sex and the Single Girl* de Helen Gurley Brown (1962), a los ya no tan amorosos y libres *tractates* de la época (esos primeros años setenta donde la Era de Acuario va mutando a la Era de Cáncer), y a esas páginas satinadas de *Cosmopolitan* leída a escondidas y metida dentro de la Ms. de Gloria Steinem, nacida un año después de esta Levine que solo aspira a ser una Mrs. y cambiar de apellido.

En resumen: más allá de su modernidad y compulsión rupturista y transgresora, si le dan a elegir, Sheila quiere ser más Doris Day que Barbra Streisand. Sheila no quiere escribir un libro: Sheila quiere un marido que sea escritor. Y que le dedique un libro. Varios. Muchos. A ella y a sus hijos.*

Sheila quiere ser una madre judía no exactamente como su madre judía, pero aun así...

Y la intención primera y primaria de Parent —quien se casó a los veintiún años— era la de analizar esa compul-

no leyó *El guardián entre el centeno*.

* A saber: «Sí, la gente habla de Sheila Levine, coautora del último libro de Randolph. Bueno, tal vez no coautora, pero dedicado a... Este libro se lo dedico a Sheila Levine, mi amor, mi mujer. No podría haberlo hecho sin ella. Las dedicatorias crecerían con los años a medida que tuviéramos hijos. Este libro se lo dedico a mi querida esposa, Sheila Levine Swernson, y a nuestros queridos hijos, Medea y Zacharia».

sión por conseguir anillo y marido lo más rápido posible. «Por aquellos años, se cuestionaba por primera vez todo ese concepto automático y reflejo de ser ama de casa y madre lo más pronto posible. A mí se me presionó en ese sentido, y entonces yo quise mostrar cuán absurdo era eso», recordó Parent en una reciente entrevista.

Así, como suele ocurrir con toda buena novela, el debut literario de Parent es una gran novela histórica y sociológica (e histórica e ilógica) que dice mucho de una época y de la situación de la mujer por entonces. Más allá de ciertos detalles puntuales,* todo aquí continúa vigente mal que le pese a esos lectores que dejan *comments* en la librería virtual Amazon.com y que condenan a Sheila como «triste, amarga y exasperante» y culpable de vivir y sufrir «sometida a ideales masculinos y misóginos» y hasta de ser «homofóbica».** Algunos van más

* Afortunadamente no habían teléfonos móviles ni redes sociales ni emoticones ni ciento cuarenta caracteres máximo; lo que nos habría privado de la elocuencia sin limitaciones de Sheila. Y los sueldos eran más bajos, pero no era imposible mudarse a la Gran Manzana teniendo en cuenta que por entonces Manhattan no es el Parque Temático *deluxe* que es hoy sino una metrópoli más bien sórdida y estaba casi en quiebra. En este sentido, la ciudad que cuentan Parent & Levine viene a ser algo así como la versión *diet* pero igual de indigesta de la que se ve en films como *Midnight Cowboy* y *Taxi Driver*, o en esa otra película/novela que nos muestra algo así como la posterior versión feroz y X-Rated de Sheila que es *Buscando al señor Goodbar* (1975) que firmó Judith Rossner y que Richard Brooks llevaría a la pantalla con Diane Keaton en el rol protagónico. Lo de Gail Parent es como lo de Neil Simon pero con resaca.

** Acusación a partir de dichos como este: «Linda, Linda, Linda, ¿cuándo aprenderás? Cualquiera que tire la basura en cajas tiene que ser marica. Te apuesto lo que quieras a que dentro de las cajas había perfiladores viejos». Linda, claro, piensa que todo homosexual en realidad solo es un hombre confundido a la espera de que aparezca en su vida «la chica adecuada». Pero Sheila *knows best*:

lejos —muy lejos— y no dudan en bordarle a Sheila una letra escarlata y acusarla de «prostituta». Gente rara, sí.

Pero así es la vida y —aunque no tuvo que preocuparse por el sida y solo le dan ganas de vomitar cuando piensa en la inminente boda de su ex— lo cierto es que las fantasías de Sheila Levine entonces son exactamente las mismas que las de Anastasia Steele, ahora mismo, en *Cincuenta sombras de Grey*.

La única pequeña pero decisiva diferencia es que Sheila firmaría ese contrato que le ofrece el sádico y dominador millonario sin dudarlo y sin siquiera leerlo.

«¡No, Linda! Más de una chica ha dedicado su vida, sí, su vida, a intentar convertir a un hombre que prefería a otros hombres en un hombre que prefiere a las mujeres. Yo, sin ir más lejos, Sheila la experta, caí en la trampa. Muchas jóvenes han sentido que ellas eran la mujer adecuada, la única que podía conseguirlo. No funciona. Se le puede analizar todo lo que quieras, se le puede aplicar terapia de choque además de entregarle tu amor incondicional, pero él seguirá prefiriendo a su amiguito de East Hampton antes que a ti. Para algunas chicas, enamorarse de gays se ha convertido en una costumbre. ¿Por qué? No lo sé con seguridad. ¿Tienen miedo de los hombres pero no están listas para las mujeres? ¿Alimentan su ego? “No te lo vas a creer. Conocí a un hombre al que toda la vida le habían gustado otros hombres, pero me ha conocido a mí y yo soy la única que ha podido traerle al bando correcto.” No lo intentes, Linda. No lo intentéis, ninguna. No funcionará. Seréis amigos, quizá acabéis en la cama un par de veces, quizá os caséis con él, pero mientras otros papis vayan a llevar a sus hijos al partido de béisbol, vuestro marido se escapará a un bar gay». Pero Sheila no se priva de declararse a un amigo gay, y proponerle tener sus hijos y que él «podría seguir acostándose con hombres cualquier noche de la semana y no me importaría». Y a propósito: ¿cuál es la contraparte gay-novelística contemporánea a/de *Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York*? Aquí está y ojalá que, también, se reedite pronto: *PS: tu gato está muerto*, de James Kirkwood, Jr., también coguionista y ganador de un Pulitzer por el musical ya clásico *A Chorus Line*.

La famélica y siempre a dieta Sheila, sí, solo quiere jugar a los juegos del hambre y a los juegos del hombre y a los juegos del hambre y del hombre.

Sheila no es una It Girl.

Sheila es una Eat Girl.

TRES Y aquí viene de nuevo. Parent —quien escribió algunas novelas más, un par de ellas muy graciosas, pero jamás a la altura de vértigo de esta— nunca hizo verdaderos los rumores de una secuela. Sí, en cambio, *Sheila* fue adaptada para la gran pantalla en una versión lamentable y pasteurizada.* Y, ay, Parent también es responsable, no hace mucho, del guion de una infame Disney-comedia con Lindsay Lohan: *Confessions of a Teenage Drama Queen*, basada en el *best seller* YA de Dyan Sheldon.

Pero todo está perdonado.

Por y gracias a la graciosa Sheila.

Por la mítica y legendaria y *basic* y fundamental y fundacional Sheila, viajando —Booker *dixit*— de la sombra

* En 1975, dirigida por Sidney J. Furie, con guion de su viejo socio Kenny Solms (y colaboración de Parent) y con Jeannie Berlin y Roy Scheider a la cabeza del reparto. En su célebre guía de películas, Leonard Maltin la despacha a quemarropa con un «Está muerta». Y punto. Un nuevo intento de Parent por convertir su gran personaje en serie de TV y redimirlo se quedó, en 1977, en nada más que el piloto de *Sheila*. Comenta Parent: «La película fue un error colosal por mi parte. Pero nunca me van a permitir que lo olvide: la siguen pasando por cable tantos años después». A no perder la esperanza, Gail: si hay justicia en este mundo, más temprano que tarde, tu novela se convertirá en musical de Broadway. Sin tomar prisioneros: con puesta en escena de Todd Solondz y canciones con letra y música de Randy Newman, por favor.

hacia la luz, pero esa luz funeraria al final del túnel de la vida. Y se vuelve inmortal, al menos para nosotros.

En cualquier caso, su tradición está más que vigente en recientes novelas/diatriba como *Dear American Airlines* de Jonathan Miles, o *The Love Affairs of Nathaniel P.* de Adelle Waldman, o *To Rise Again at a Decent Hour* del gran Joshua Ferris, así como en *memoirs* con risas enlatadas de chicas complicadas y complicantes como Tina Fey y Amy Poehler.

Pero a no olvidarlo nunca, antes de todo y de todos estos y estas (y de los y las que vendrán), hubo una vez una chica llamada Gail sentada en la cocina de su casa una noche de sábado. Lo recordó Parent en un reportaje. Evocándolo como si fuese ayer. Allí estuvo, Gail, resignada a no tener cita ese fin de semana pero acaso ya sabiendo que vivirá para contarlo por más que entonces se sienta morir. Ahí, Gail escuchando a su madre* y su consejo: «Trata de no ser graciosa, Gail. Los hombres solo quieren tener una cita romántica y no pasársela riendo toda la noche».

Y Gail —por entonces Mrs. Postner, y regordeta, y acomplejada y sin novio a la vista, pero ya muy pero muy ingeniosa— no le hizo el menor caso a su madre.

CUATRO Gracias, Mrs. Postner.

RODRIGO FRESÁN

* Esto es verdad: la madre de Parent alguna vez fue coronada como Miss Atlantic City (no Miss Coney Island) y, por supuesto, apenas concluido su mandato, se casó a la velocidad de la luz con un ejecutivo de Wall Street.

Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York

Para Lair

Los hechos

Hace unos años, en el East Side de Manhattan, no lejos de Bloomingdale's, un hombre abrió un negocio dedicado a la venta de batidos *light*, deliciosos batidos de chocolate con solo setenta y siete calorías. Te lo juro, a la hora de comer se formaba una fila de chicas jóvenes y gordas llegadas de todos los rincones que daba la vuelta a la manzana. ¡Semejante placer por solo setenta y siete calorías! Yo era una de las que cada día se tomaba dos a la hora de comer. Muchas de las chicas le preguntaron al dueño qué llevaba el batido pero él solo sonreía y respondía: «Un ingrediente secreto». Las chicas empezaron a dudar de que los batidos tuvieran solo setenta y siete calorías, así que formaron un comité y se dirigieron al ayuntamiento (o a donde sea que una vaya a quejarse), y la Agencia de Alimentación y Medicamentos (o quienquiera que se encargue de este tipo de cosas) investigó al dueño. ¡Resulta que los batidos *light* tenían más de doscientas ochenta calorías! ¿Cómo fue capaz? «¿Cómo ha podido mentirnos así?», clamaban las chicas.

Me voy a suicidar. ¿QUIÉN QUIERE VIVIR EN UN MUNDO EN EL QUE UN HOMBRE MIENTE SOBRE LAS CALORÍAS?

Sí, voy a ponerle fin a mi vida. Encontrarán mi cuerpo desplomado sobre esta nota de suicidio en mi pequeño y carísimo apartamento de una habitación. Mi padre la leerá y asentirá con la cabeza. Mi madre se la llevará a la cama y leerá un poco cada noche con un vaso de leche caliente mientras se pone crema antiarrugas y se masajea las manos y la cara. Mi hermana la leerá por encima y mis amigos... ¿Mis amigos? No, no tengo amigos de verdad. Lo siento.

Me llamo (¿llamaba?) Sheila Levine. ¿Sheila Levine? Alguien que se llama Sheila Levine no va por ahí suicidándose. El suicidio no es nada judío.

Cuando estaba viva, vivía en el número 211 de la calle Veinticuatro Este, y antes en la calle Sesenta y cinco Este, y antes en la Trece Oeste, y antes en Franklin Square, Long Island, y antes en Washington Heights. Lo que significa que solo hay unas cien mil chicas judías como yo. Exactamente iguales que yo, con melenas que hay que alisar, narices que hay que enderezar, y todas buscando marido. TODAS BUSCANDO MARIDO. Pues bien, mis adorables judías, tengo buenas noticias para vosotras: a partir de ahora tendréis menos competencia, Sheila Levine ha decidido tirar la toalla. Se va a morir.

¿Por qué una buena chica judía haría algo tan tonto como suicidarse? ¿Por qué? Porque estoy cansada. Me he pasado diez años de mi vida intentando casarme, y estoy cansada. Ahora por fin sé que no lo voy a conseguir. Venga, seamos serios, nunca tuve ninguna posibilidad.

HECHO: Nacen ciento tres niñas por cada cien niños. Está claro, soy una de las tres niñas de más.

HECHO: Muchos chicos judíos, como Portnoy, crecie-

ron con una relación de amor-odio con sus madres judías, por lo que se juraron casarse con chicas no judías. Así que resulto poco atractiva desde un punto de vista étnico. Las chicas rubias de pecho plano están de moda; las judías, polacas e italianas, no.

HECHO: Muchas chicas no judías quieren casarse con chicos judíos. Sus madres las animan porque los chicos judíos no beben, no van por ahí tonteando y son buenos maridos. Las chicas judías quieren casarse con chicos judíos por las mismas razones y porque los maridos judíos dejan a sus mujeres tener empleadas domésticas.

HECHO: Estamos en la era del judío homosexual. Han salido del armario más judíos que judías. ESTE PAÍS HA PERDIDO MÁS JUDÍOS POR LA HOMOSEXUALIDAD QUE POR CUALQUIERA DE LAS GRANDES GUERRAS.

HECHO: Hay más chicos que chicas que consideran el matrimonio demodé, pasado de moda. Movimiento de Liberación Femenina, siento decepcionarte, pero la mayoría de activistas desertaría de una reunión del grupo por una noche de bodas.

HECHO: Nueva York está plagada de miles de chicas en busca de marido, mucho más que de chicos en busca de esposas.

HECHO: SHEILA LEVINE NO SE VA A CASAR NUNCA. NUNCA TUVO NINGUNA POSIBILIDAD.

Así que, papá, es como si te escuchara decirle a mamá: «Vale, no se ha casado todavía. Pero ¿es eso tan malo como para hacerse algo tan terrible?». (Se ha suicidado, papá. Eso es la cosa tan terrible que me he hecho. Dilo, te sentirás mejor.)

Venga va, no seáis injustos. Mamá y tú fuisteis quienes me enseñaron lo importante que era casarse.

Fecha de nacimiento: 12 de agosto, hace treinta años... «Qué preciosidad de bebé»... «Manny, ¿es niña? Ya sabes lo que significa eso: te toca pagar la boda...» ¡Solo tenía un día! Solo tenía un día y ya estaban hablando de bodas. Tú escribiste la historia, mamá. «Llevé a Sheila al médico cuando tenía un mes porque se hizo un pequeño arañazo en la cara, y ya sabes lo que me preocupó por las caras. ¿Sabes lo que me dijo el médico? No se preocupe. No se preocupe en absoluto, Bernice. Para cuando se case, no se notará nada.» ¿Casada? Ya estamos otra vez, papá. ¡Que solo tenía un mes! Me educasteis bien. Me comprasteis muñecas y cocinitas y vajillas para que jugara a las casitas. Yo era la mamá, y Larry Singer el papá. «Míralos cómo juegan. ¿No sería estupendo que se casaran cuando sean mayores?» Ya sabes quién habla: la madre de la niña. Si escuchas la palabra «boda», siempre es la madre de la niña. Pero la culpa no es solo de los padres, he escuchado y leído la misma historia por todas partes: Dick y Jane* tenían una mamá y un papá que estaban casados; en el arca de Noé eran todo parejas... Todo viene en pareja excepto Sheila Levine. «¿Qué quieres ser de mayor, Sheila?» «Quiero casarme y ser madre.» «Buena chica.»

Sí, aprendí ya de pequeña que lo mejor que podía hacer era casarme. Una madre judía quiere a sus hijos lejos del ejército y a sus hijas caminando hacia el altar. Desde la cuna escuchamos que el mejor día de sus vidas será cuando bailen en nuestras bodas. «Solo quiero vivir para ver casarse a mis hijas, entonces seré una mujer

* *Dick and Jane* es una serie de cuentos estereotipados que se usaban en el colegio para aprender a leer. (N. de la T.)

feliz.» Lo he intentado: he intentado casarme y tener una cama doble y toallas doradas y una cubertería de plata para doce comensales. Lo he intentado durante años y, ¿qué he conseguido? Tengo la vieja cama de mi casa, toallas con agujeros (porque las chicas solteras se compran blusas en vez de toallas), y cuatro tenedores (tres robados a mi madre y uno robado en Sardi's).

De los cuatro años a los veintiuno, incluido el episodio sobre cómo perdí la virginidad

A los cuatro años estaba locamente enamorada de Alan Hirsch, que estaba locamente enamorado de Cynthia Fishman. Jugaba a los médicos conmigo pero juraba que se casaría con ella cuando fueran mayores. A los cuatro años, ya era la otra. Debería haberme dado cuenta entonces. Pero no, aún tenía esperanzas.

A los siete, aunque no había ningún candidato a la vista, ya tenía mi boda planeada. Me quité los zapatos y me senté con mi mejor amiga, Ruthie, sobre su colcha blanca. Con la ayuda de Lydia Lane, una novia recordable, organizamos el gran día paso a paso. No me acuerdo de cada detalle pero sí de que Ruthie y yo queríamos tener una gran boda doble en la que caminaríamos bajo un arco de espadas en West Point. Ruthie sí se casó, pero fue bajo un dosel nupcial en la zona oeste del Bronx. No te culpo, Ruthie. No te culpo en absoluto. Enhorabuena, ojalá vivas para ver casarse a tus hijas.

A los catorce, ya sabía de qué iba el matrimonio y ya no hablaba del tema con Ruthie. La dejé en Washington Heights y me marché con mis adorados «juguetes de

niña pequeña», aunque tuve que pelear para poder llevármelos a Franklin Square. «Para qué te los vas a llevar, Sheila. Ya no juegas con ellos.» Quería mis juguetes, madre, porque nos mudamos a un lugar desconocido y tenía miedo. Dejaste que Melissa se llevara los suyos. Pero Lydia Lane y todo su ajuar acabaron en la incineradora. ¿Un presagio?

Así que, a los catorce, me senté sobre mi colcha blanca con mi mejor amiga, Madeline (los nombres tenían mucha más clase en los barrios residenciales), y juntas por fin le encontramos sentido. El matrimonio consistía en conseguir que un conde judío se volviera loco por ti. Tendríamos una casa en Manhattan y otra en Londres y otra en París y otra en Roma, y viajaríamos de casa en casa con nuestros maridos. Madeline también se casó y sigue viviendo en Franklin Square, a menos de tres manzanas de su madre. ¿Eres feliz, Madeline? Tal vez no creas que eres del todo feliz pero ¿te cambiarías por mí? ¿Tu casa con la tapa del retrete de piel falsa por mi tumba?

¿Te estoy asustando, madre? ¿Estás atacada y te mueres de la vergüenza porque tu hija se ha suicidado? Siento mucho haberte avergonzado. Si lo prefieres, les puedes contar a las mujeres de la Hadassah que me asesinó un amante celoso. Ojalá.

Cuando empecé en la Universidad de Siracusa, ya tenía ideas bien formadas acerca de mi matrimonio. Mi marido tendría que ser una persona creativa. No me importaría que fuera abogado, pero solo si le gustaba el teatro; médico, si pintaba en sus ratos libres; pintor, si su hobby consistía en ganar dinero en la bolsa. Tenía mucho tiempo libre para desarrollar estas ideas, sobre todo los

sábados por la noche, cuando me quedaba sola en la residencia, sin ninguna cita. Sí, mamá. Sí, papá. Ninguna cita. Ya, mamá, ya, yo tampoco lo entendía. Siempre me dijiste que yo era lo más bonito que habías visto jamás. Te mentí por teléfono todos los domingos por la noche cuando te llamaba a cobro revertido. Me inventé los nombres de los chicos y todo lo demás. ¿Por qué me creíste? ¿Cómo podías pensar que era tan popular? ¿De verdad esperabas que tu querida Sheila, de metro sesenta y cinco y setenta y un kilos, fuera la reina del baile?

—¿Estás escuchando las tonterías que dice, Manny? Con lo guapa que era cuando estaba viva, ¿verdad?

No, mis queridos padres. Me quedaba con las demás chicas sin cita porque eran demasiado altas, demasiado gordas, tenían granos, o les apestaba el aliento. Había de todo. Me quedaba con ellas en el salón Flint viendo cómo las que sí tenían citas se vestían, intercambiaban ropa y se marchaban. Les decíamos adiós y después jugábamos al *bridge*, escuchábamos música y pedíamos cientos de pizzas que no hacían más que empeorar nuestros problemas. ¿Cuántas de esas chicas sin citas se quedaron sin casarse?

Pero en Siracusa no fueron todo cosas malas. Allí perdí la virginidad. Papá, rápido, trae las sales, a mamá le está dando un ataque otra vez. «¿Mi Sheila perdió la virginidad?»

Sí, mamá, tuve suerte.

Diane Rifkin, una chica que vivía en mi misma planta, salía con un tal Steve, de la peor fraternidad de Colgate, y él le preguntó si tenía alguna amiga con quien un amigo suyo pudiera pasar el puente del último fin de semana de noviembre. Tres chicas de la residencia le

dijeron que no pero yo dije que sí. «Oye, he encontrado a una chica para tu amigo.» «¿Cómo es? ¿Está buena?» «Tiene una cara interesante.»

Así que fui para no tener que mentirles a mamá y papá por teléfono. También fui porque quería tener planes durante el puente. Steve nos recogió en la residencia. Las maletas y yo nos apretujamos en la parte de atrás y Diane y él se sentaron delante. Yo era la suegra. Durante el trayecto hasta Colgate, intenté mirar fijamente por la ventana para no ver la mano de Steve debajo del vestido de Diane. Ni la mano de Diane en los pantalones de Steve. Las calles estaban heladas. Un buen apretón de Diane y te juro que podríamos haber nos matado.

Mi cita nos estaba esperando en la puerta de la fraternidad. Will Fisher. Mamá, te dije que se llamaba Will Fishman. Te mentí para hacerte feliz. ¿Te hice feliz?

Will Fisher era muy alto y estaba muy delgado. Llevaba camisas de franela como las que mi madre me obligaba a llevar cuando iba de campamento y tenía unos dientes horribles. ¿Qué esperaba? ¿Y qué se esperaba él? Fuimos los cuatro a ver un partido de baloncesto el viernes por la noche junto al resto de la fraternidad con sus citas. Ganó Colgate. Me alegré mucho. ¿Por qué? El baloncesto no me interesaba demasiado, Colgate no me importaba y Will no me gustaba. Me alegré porque no estaba en la residencia jugando al *bridge* y comiendo pizza.

Después del partido, Steve, Diane, Will y yo fuimos a un pequeño restaurante italiano, Mamma algo. Comida barata, manteles a cuadros rojos y blancos de hule, bancos duros, botellas de Chianti y velas. Compramos una

botella de vino barato y volvimos al apartamento barato que los chicos compartían. Yo no quería ir.

—Sheila, cariño, escucha a tu madre. No dejes que ningún chico te toque ya sabes dónde.

Mamá, tenía que ir, me tenían pillada. Estaba atrapada en una habitación pequeña con colchas que no combi-naban, pósters de corridas de toros en la pared, la música del Kingston Trio sonando en el equipo y olor a ropa sucia.

—SHEILA, CARIÑO, NO DEJES QUE NINGÚN CHICO TE TOQUE YA SABES DÓNDE.

Muy poco después de que llegáramos a su nidito de solteros (*Playboy* debería hacer un reportaje sobre aquel lugar; estoy segura de que las paredes llenas de manchas quedarían estupendas en las fotos), las luces se apagaron y Diane y Steve se pusieron al tema. Durante la mitad de la noche, sonó una sinfonía de cremalleras, botones, respiraciones, jadeos, suspiros, crujidos del colchón y, ¿lo adivinas? Todo iba muy bien, aquello era un no parar. ¡Bravo! ¡Bravo, Diane! ¡Bravo, Steve! ¡Estuvisteis increíbles! Disfruté mucho escuchándoos. Era como una peli porno para ciegos.

¿Sabes lo que es estar sentada en una cama con un extraño de dientes horribles mientras escuchas a otra pareja follar? Todos esos sonidos obscenos en oídos vírgenes. ¿De qué narices vas a hablar? «Bueno, Will, cuéntame. ¿Cuál es tu especialidad?», mientras al otro lado de la habitación se escucha «Steve, no, eso duele».

—¿Te gusta Bergman? Yo creo que Bergman es un genio, ¿y tú?

—Diane, va, ponte de lado.

Pero Will era silencioso y escurridizo. Intentó tocarme

ya sabes dónde varios cientos de veces. Yo no me dejaba. Él insistía. No hay mucho espacio de maniobra en una cama individual. La mano intentaba tocarme. Yo la apartaba. La mano volvía. Tenía muy buena puntería teniendo en cuenta que la habitación estaba totalmente a oscuras. Yo tenía miedo. Tampoco es que no supiera nada de sexo. Me pasé un verano como ayudante de teatro en el hotel Cantor's de las montañas Catskill. Allí pasó de todo. Disfruté muchas noches de sobeteo del bueno, ¿vale? Y en el instituto, una vez me morréé durante horas, tanto que el chico y yo volvimos a casa con la cara roja. Pero esto era diferente.

Al principio nos sentamos en la cama y nada más, pero Will me pilló desprevenida y de repente estábamos tumbados. Recuerdo estar allí tumbada con un vestido de lana rojo que daba mucho calor.

—¿De dónde eres, Will? —Le aparté la mano.

«Steve, espera, que me pongo la almohada debajo», escuché desde el otro lado de la habitación.

—Albany. —La mano volvió.

—Albany, qué bien. Una de las chicas de mi planta también es de Albany. Rose Morrison. —Le aparté la mano.

—No conozco a ninguna Rose Morrison. —La mano volvió.

Entonces Will me quitó la faja. Ya sé lo que estás pensando. ¿Cómo narices me quitó la faja si yo no quería que me la quitara? Perseverancia, esa es la respuesta. Me la fue bajando poco a poco. Qué gusto quitarme la cosa esa, con lo que picaba. Sí, quería quitármela. Te diré que una faja no es un buen cinturón de castidad.

Tras quitarse la faja de en medio (aunque se me engan-

chó en la pierna tres veces; todo el proceso le costó más de media hora), se levantó y fue al baño. ¿Sabes lo atractivo que resulta que el tío vaya al baño antes de hacerlo? Yo también tenía que ir pero me daba demasiada vergüenza.

—Venga, Sheila, cariño. Ve al baño antes de montarte en el coche.

—No tengo ganas.

—Hay un buen rato hasta casa de la abuela. Te arrepentirás.

No le dejé quitarme el vestido. Me agarré a él como si existiera alguna ley que dijera que si lo haces con un vestido rojo de lana que da calor puesto, no cuenta.

Mi mano se cansó de apartar su mano. Mi boca se cansó de hablar. No podía mantener aquella conversación absurda y tampoco podía mantener a raya su deseo de hacer lo mismo que su compañero de habitación.

Así que al final, cuando empezaba a salir el sol, yo, Sheila Levine, dejé que Will Fisher me tocara ya sabes dónde y me hiciera ya sabes qué. Conseguiste mojar, ¿eh, Will?

No fue para tanto. Me dolió. No hubo mancha de sangre en la colcha ni nada. Ya no me podían sacrificar a los dioses, y además tuve suerte de no acabar con un Will Fisher Jr. ya que ninguno de los dos se preocupó por evitar que su esperma fertilizara mi óvulo.

Ruthie, ¿te acuerdas de cuando nos enteramos de cómo se hacían los niños? Qué asco nos dio. No entendíamos cómo alguien podía hacer aquello, sobre todo nuestros padres. ¿Lo hiciste alguna vez, mamá?

Madeline, ¿te acuerdas de todas las horas que nos pasamos imaginando cómo sería? De verdad, de verdad

que estábamos convencidas de que sería como un viaje al paraíso: violines, fuegos artificiales, todo el rollo. ¿Crees que Bob y Rhoda lo hicieron en el instituto? Yo creo que sí. Se pasaban todo el rato juntos y ella era la única chica a la que no le tuvieron que quitar los granos de la foto del anuario.

Dios, Melissa, ¿te acuerdas de cuando te lo conté? Tenía trece y tú ocho y te lo conté todo sobre penes y vaginas y eso. Te echaste a llorar y fuiste corriendo a mamá.

Mamá, papá, ¿os acordáis de cuando os pillé? Abrí la puerta para deciros que había decidido no quedarme en casa de Madeline y escuché un roce extraño de las sábanas. ¿Os pillé dándole al tema, pillines? Era sábado por la noche. ¿Lo hacíais todos los sábados? ¿Os estropeé la diversión de la semana con mi pequeña intrusión? No, imposible. Mi madre nunca haría una guarrada como esa.

Will Fisher se llevó el premio. Bien hecho, Will. Te tocó el gordo... La virginidad de Sheila Levine. Pues vaya chufa, no diste saltos de alegría ni me dejaste una nota de agradecimiento ni nada. Pero yo sí te quiero dar las gracias, Will, aunque sea muy tarde. Gracias a ti, mi vida social en Siracusa despegó. Me acosté con un miembro de la fraternidad judía ZBT y con otro de la Sigma Alpha Mu en una semana. Hace diez años, si hacías algo así, se corría la voz. Mi nombre y teléfono aparecieron en todas las paredes de los baños de todas las fraternidades del campus. No, en todas no, solo en las judías. Yo no era especialmente religiosa, es solo que había escuchado historias horribles sobre los penes sin circuncidar.

¿Te has enterado? Sheila Levine es un polvo fácil. La

llamas y ya está, no hace falta que la invites a tomar algo, ni que la lleves a una fiesta ni nada. Ni siquiera tienen que verte con ella en público. La llamas y te la tiras, ya está.

Me alegro de haberlo hecho. Tirarme a tantos me aportó dos cosas buenas. Primero, perdí algo de peso.

HECHO: Una sesión de sexo normal y corriente quema unas ciento cincuenta calorías.

De verdad, es un hecho. Además, mientras follas no comes, así que, cuanto más follas, menos comes. Es la mejor dieta que he hecho nunca.

Segundo, acostarme con tantos me ayudó a librarme de mis complejos sexuales. ¿Qué es eso de que no deje que los chicos me toquen ya sabes dónde, mamá? Da gustito que te toquen ya sabes dónde.

Mi madre se casó con veinte años. Siempre lo he sabido pero, al acercarme a las dos décadas de edad, empezó a contarme una y otra vez la historia de su cortejo, una y otra vez, mientras hacía sus ejercicios o mientras se envolvía la cabeza con papel higiénico para que no se le cayeran los rulos. Ya podía estar abriendo una lata de atún que mamá encontraba la manera de relacionar cualquier cosa que yo hiciera con que ella se casó a los veinte.

Bernice Arnold, mi madre, era la chica más guapa de Washington Heights. Una belleza pequeñita, de pelo oscuro y ojos azules. Una chica guapa, guapa. No solo sus padres y Manny Levine, el hombre que pidió la mano de la señorita Arnold en su decimosexto cumpleaños, lo veían así. No, todo el barrio pensaba lo mismo. Igual

que los jueces que la eligieron Miss Coney Island en 1934. Bernice Arnold participó y Bernice Arnold ganó. Yo me parezco a mi padre, que no es ningún Miss Coney Island precisamente.

La señorita Arnold podría haberse casado con muchos hombres. Alguien que ahora es un importante abogado quería casarse con ella, e incluso el cantante de un grupo se moría por sus huesos. Pero ella salía con unos y otros por la noche y hacía de modelo de medias durante el día. Bernice tenía, y aún tiene, unas piernas impresionantes. Yo tengo estrías.

A los veinte, su madre le dijo que debía casarse. Según me cuenta, siempre le hacía caso a su madre porque sabía qué era lo mejor para ella. Decidió casarse y eligió a mi padre entre sus muchos pretendientes. Mi padre es muy majo pero ¿por qué Miss Coney Island lo eligió a él antes que al cantante de un grupo?

—Así que óyeme bien, Sheila, haz caso a lo que te dice tu madre como yo hice caso a la mía. Cásate mientras aún eres joven. Es mejor que busques marido cuando aún estás estudiando. En cuanto acabas, cada vez se vuelve más difícil.

¿Que me case? ¿Que me case, dices? Madre, estamos hablando de tu hija, Sheila. No nací programada para el matrimonio. En tu época, las cosas eran de otra manera. En tu época existían las novias feas. Todo el mundo se casaba. Todo el mundo. Sharon la delgada, Harriet la gorda, Bea Finkle la alta. Nací demasiado tarde, mamá.

—SHEILA, CARIÑO, ES MEJOR QUE BUSQUES MARIDO CUANDO AÚN ESTÁS ESTUDIANDO. EN CUANTO ACABAS, CADA VEZ SE VUELVE MÁS DIFÍCIL.

En mi época, había un código no escrito que decía

que, si al final de tu segundo año de universidad no estabas pillada, comprometida o viéndote con alguien, ya podías dejar Siracusa. Ya habíamos resistido a una camada de novatas y no estábamos por la labor de soportar otra.

Susan Fink salió con un novato cuando estaba en su segundo año y todas nos reímos de ella a escondidas. Nos calló la boca a todas cuando se casó con su novato delante de nuestras narices envidiosas. Años después me enteré de que se había divorciado y vuelto a casar. No es justo, Susan. Algunas de nosotras ni siquiera hemos tenido una oportunidad. Mami, se ha casado dos veces y yo ni siquiera he tenido una boda.

Durante mi segundo año, unas doscientas chicas se cambiaron de universidad, la mayoría a la de Nueva York (NYU), hogar de los estudiantes en traslado.

Quisiera resaltar que en NYU ya no era la fresca del campus.

HECHO: Resulta complicado ser la facilona del campus cuando te pasas la vida en el transporte público.

Aquí podía empezar de nuevo. Podía ser virgen otra vez. De hecho, me hice la virgen varias veces... Hasta que cumplí veinticuatro: a esa edad ser casta y pura da cosa.

Encontrar un hombre resultaba una tarea muy difícil en la NYU. ¿Y no estábamos todas allí por eso, chicas? Aquello estaba plagado de judías encantadoras, con sus pulseras con colgantes, el pelo cardado y sus acciones de AT&T, todas buscando al hombre perfecto. Y si aún no era el hombre perfecto, ya lo sería en unos años, tras un par de niños, una casa en Scarsdale y un regalo de cinco mil dólares por parte de los padres de la novia.